

La violencia y lo sagrado

René Girard

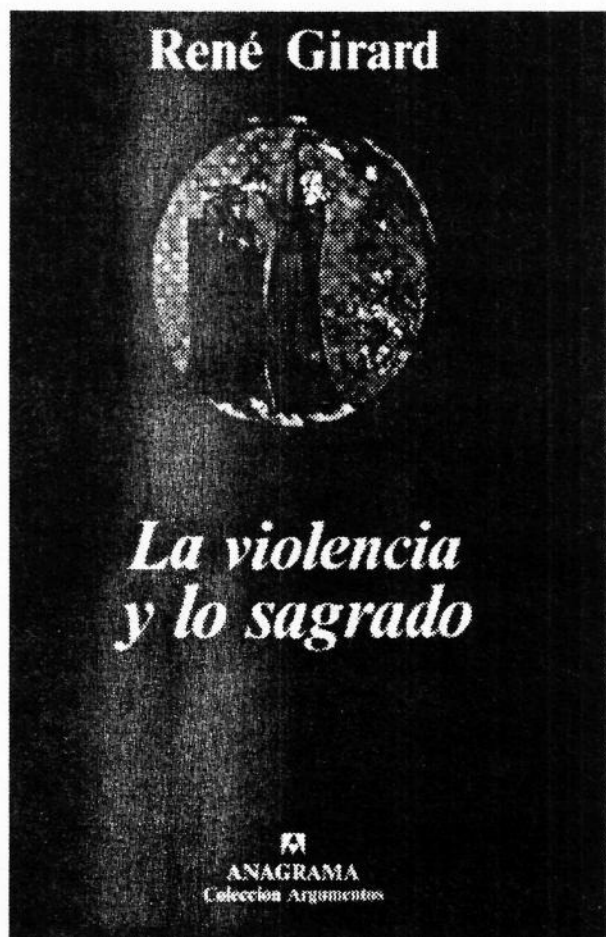
Barcelona, Anagrama, 1995.

Comentario de Sergio Tonkonoff

La violencia y lo sagrado, aparece por primera vez en 1972, como parte del ambicioso proyecto de René Girard: descubrir las claves que fundan la cultura occidental. Como un "etnólogo de su propia tribu" trabaja sobre los textos y los símbolos relevantes de nuestra cultura, en el intento de develar el misterio sobre el que se cimienta la civilización.

Desplegando una prosa incandescente, y en la profunda convicción de haber alcanzado resultados satisfactorios, Girard se permite ser explícito. Ajeno a cualquier jerga iniciática, dice mostrarnos lo que nos negábamos a reconocer. Cree sencillamente que las respuestas estaban allí, tan cerca que no podíamos verlas. Mediante un original análisis de los textos bíblicos, la tragedia griega, las obras de Shakespeare y una gran cantidad de material etnográfico, elabora un sistema conceptual que, aunque controvertible, no parece ser fácilmente desechable.

Antropólogo, historiador, crítico literario, entiende que la tarea científica nos



expone permanentemente al deber de aceptar hipótesis desagradables, entre las que, por supuesto, se encuentra la suya.

Su análisis parte de situar a la violencia como un hecho básico, irreducible, omnipresente en el espacio social. Ontológica, esta violencia se funda en el deseo. Pero para comprenderla hay que invertir el orden habitual en que se piensa el problema. No se debe ubicar en primer lugar a objetos, sobre los que luego convergerían los deseos, provocando el conflicto. En realidad, el hombre no "sabe" lo que desea, tampoco su inconsciente. Su deseo es el ser del que se siente privado, y del que siempre otro aparece dotado. Así, no habría deseo puramente objetual, éste sería esencialmente mimético. A saber, el padre señala al hijo lo que debe desear (la madre) conduciéndolo de la mano al centro mismo del complejo edípico.

Impugnando toda mitología humanista, Girad nos provoca: ¿qué pasaría si realmente todos quisiéramos lo mismo? El triángulo mimético (modelo-discípulo-objeto) socava permanentemente el orden cultural. Si éste no es otra cosa que un sistema organizado de diferencias, grados y roles, la indiferenciación mimética niega la posibilidad de identidad a los hombres. La propia posibilidad del lenguaje corre peligro ante la disolución de las formas, y la emergencia de lo irreconocible. ¿Qué detendrá el ciclo infinito de la violencia que entraña el deseo, la crisis producida por la indiferenciación?

Una vez desencadenada la crisis de las diferencias sólo existe, y es ésta la tesis principal del libro, un mecanismo que la detiene: la violencia de todos contra todos, ha de convertirse en violencia

de todos contra uno.

La violencia unánime restablece el orden designando, arbitrariamente, un único culpable de la crisis. Un gran parricida, un monstruo incestuoso, un homicida temible: un chivo expiatorio. Sobre su cadáver se restablecerán las diferencias, se fijarán todos los significados.

Es el sacrificio de una "víctima propiciatoria" lo que expulsa la violencia de la sociedad. La víctima no sólo simboliza el paso de la violencia recíproca a la violencia fundadora de un orden, también garantiza este paso y coincide con él.

Pero hay más: el sacrificio del chivo expiatorio es el acontecimiento real que se sitúa en el origen del edificio de la civilización, el dispositivo que pudo trastocar el caos protohumano en cosmogonía. ¿Exagerado? Girad insiste: debemos considerar la intuición de Freud ("Tótem y tabú") como asertada, cuando ubica un asesinato en el origen de la cultura; no en tanto parricidio, sino en tanto homicidio colectivo, "linchamiento original". No es la identidad de la víctima lo que pone en funcionamiento la máquina de la cultura, es la unanimidad recuperada contra y en torno a ésta.

La violencia así expulsada será el origen de todos los mitos y de todos los ritos. Lo religioso es aquí la misma violencia reificada. El mito oculta el origen inmanente de esta violencia, perpetuando los efectos benéficos del sacrificio original. El rito intenta repetir, a modo de "indiferenciación regulada", aquella operación del origen. Sus prohibiciones canalizan ritualmente los deseos, impidiendo que converjan so-

bre los mismos objetos. De allí que, polemizando con Freud y "especificando" a Lèvi-Strauss, habría que entender que la interdicción sexual pesa sobre las mujeres próximas, no por ser éstas intrínsecamente deseables sino, precisamente, por ser próximas. Esto es, la exogamia cumple en desplazar el deseo (la violencia) al exterior.

De este modo, lo religioso deshumaniza la violencia; la sustrae a los hombres para protegerlos de ella. La convierte en una amenaza trascendente, aplacable mediante unos ritos apropiados y unos comportamientos precavidos.

Al decir de Girard el pensamiento religioso comprende la realidad fundamental de la violencia, tan profundamente como el pensamiento moderno la desconoce. De allí que aunque el objeto de su estudio sean las sociedades donde ha existido la institución sacrificial, deslizará sugestivos comentarios en relación a las sociedades "com-

plejas", poseedoras de un sistema judicial. Apuntando que, es este sistema quien libra a los hombres de la necesidad de vengarse, coartando la posibilidad al vertiginoso remolino de la violencia recíproca.

Aunque sustentado en el principio mismo de reciprocidad violenta, el sistema judicial constituye una represalia concluyente, la última palabra de la violencia, la venganza que no será vengada. Pero esto es posible mientras la institución judicial siga enraizada en lo religioso, es decir, mientras detente una violencia santa, legal, trascendente; enfrentada a la inmanencia de cualquier violencia ilegal. Girard entiende que esta realidad sólo se torna observable cuando la institución judicial pierde su sacralidad frente a una nueva crisis. Así, su actual desmistificación coincide con su derrumbe.

Para una semblanza del autor ver Jean Marie Domencah, *Encuesta sobre las ideas contemporáneas*, Buenos Aires, Emecé, 1984. ■